

HONDO TEMBLOR DE LO SECRETO

HONDO TEMBLOR DE LO SECRETO

Todavía no he alcanzado suficiente soledad para
quedarme únicamente con ella si las
circunstancias me condenan a no mirar sino a
ella, a no vivir sino dentro de ella.

(Fragmento de una carta de Oswaldo Trejo. 1956)

E
stoy ensayando un gesto.
Se rompe mi equilibrio en el inicio de un gesto.
Mi cuerpo se queda en reposo.
Me he detenido en un gesto. Voy buscándole otra
forma, desprendiéndolo del tiempo, liberándolo del
cuerpo. Ha comenzado a fluir como un río
desbordado. Hay manos que se sumergen, manos
que quieren tocarlo. Mi gesto se va estirando, deja
de pertenecerme. Otro gesto se levanta, otro vuelo,
otra distancia.

En esta casa no miro el cielo. Miro la dura extensión que me circunda, escucho lejos batallar el viento. Sus límites me marginan de lo abierto. Es una casa cerrada, nada en ella se revela. No hay espacios ni columnas ni aleros donde aniden pájaros inquietos. Una casa desnuda sin el hondo temblor de lo secreto. Me pego de sus muros, de su olor a desierto. Es mi casa.

Dionisia Palau

Irse desbordando sin saberlo.

Irse apagando en una luz que tiembla. Irse decantando casi disminuida en una delgadez de filo hiriente. Irse perdiendo en las ausencias, sin la piel, sin el roce, sin aliento. Irse quedando sin forma, sin presencia. Irse volviendo polvo lentamente, polvo soplado por el viento.

Me estoy buscando en sitios de otros tiempos. Caminando entre espacios donde pasó el silencio. Estoy pisando huellas del rumbo desvaído que dejaron mis pies en noches del olvido. Hay una luz cambiante. Un cielo que se esconde extendido y flotante. Lejana está la tierra que me sirve de apoyo.

La busco en la inclemencia, en la especial tristura de los días huidos que fueron descendiendo sin saber su destino. Yo ya no sé quien soy. Acaso me prodigo rastreando las memorias que dispersas se hallan.

Mi mano es otra mano, mis brazos y mi cuello transcurren en cuerpo ajeno. Soy la desconocida aquélla que de pronto se apagó entre su sombra.

Me detengo en lugares sin ruido que van
muriendo lejos en un silencio denso.
Me detengo junto a lo sepultado, lo que la tierra
guarda en oscura mortaja. Hay una palidez de lienzo
antiguo, una invisible sombra siempre
aguardándome. Afuera la visión de los campos
abiertos, un cielo sin arrugas, tan liso, tan brillante,
tan vacío. Aquí estoy encerrada, doblemente
amurallada, sin aire, y sin embargo sigo respirando.
Camino en espiral. Llego al centro de mí misma.
Me recorro en todas las direcciones.
Busco con afán el otro centro, el centro donde
la luz vigila.

Antonia Palau

Siempre me encuentro persiguiendo una invertida forma. Siempre me encuentro en el día de hoy como si fuese ayer efímero y convulso, el delirante acontecer. Siempre me encuentro en medio de las horas mutiladas, herida por aquello que las vuelve inacabadas. Hay una duración en el vacío, una ráfaga azul que corta el aire y este empeño de cavar en el tiempo como si fuera tierra mía.

Estoy ya de regreso. Paso los dedos por sobre el relieve de las cosas. Afuera se disuelve el aire en leve extenuación. Todo parece escondido, sumergido, las cosas ocupando su antiguo lugar. Pienso que he crecido. Acaso me he estirado a lo largo de mi sombra. En silencioso recorrido el tiempo va perdiendo densidad. Miro por debajo del límite. Lo que antecede no deja huella.

No tengo donde sostener la casa. Toda tierra es deleznable, toda tierra se derrumba. Pienso una casa en el aire, una morada abierta por donde transite el viento. En sus grandes agujeros anidarán las palomas. Mi madre llenará los vacíos dejando caer semillas desde su delantal ligero. Habrá latidos de perros y llegarán las tinieblas mucho después que el silencio. En el umbral de la puerta, mi madre vestida de blanco, recibirá el mensajero.

La memoria del tiempo me deja confundida. Regreso a los primeros días. Llueve sobre las horas una acongojada lluvia. Nada está sujeto, todo flota en suave lentitud. Algo empuja desde un remoto comienzo. Viene mi madre con sus pies ligeros y su dulce palabra. Siento su pulso, su tenue latido. Me voy con ella bordeando los contornos del día. La espera de la noche crece en la distancia. Mi madre se va alejando por una tierra húmeda hacia un sitio de redonda claridad. Yo me quedo varada en este sitio oscuro a solas con mi sombra.

Mantente firme. Que no te doblegue el viento ni esa lluvia que desborda los extremos.

Mantente firme. No importa que te empujen, te saquen de tu sitio, de tu propio agujero, guarida apenas, escondido refugio. No importa que te dejen afuera bajo el aire ahuecado. Aunque todo se haya ido en desbandada, mantente firme.

Mantente erecta desde muy abajo.
Un pedazo de tierra sin cielo arriba.

Antonia Palomí

Aquí los cielos entoldados, la insistente penumbra. Suben los olores de lo hondo iniciando su aventura en este cerrado espacio. No hay límites. Todo parece abarcar la eternidad de los instantes. Yo me llamo a mí misma desde mi ínfimo estar. Me llamo con la voz de entonces, mi clara y desnuda voz. Algo se abre en un espacio ajeno. Quiero saltar las vallas, pasar por encima de todos los extremos. Alzo mi mano y apenas logro escribir en el aire un solo nombre.

Dionisia Palau

Mi rostro se va borrando, es todo una mancha oscura. Estoy en medio de la sombra con mi rostro anochecido. Busco la afligida palabra. Rastreando los derrumbes avanzo sin detenerme, sometido el cuerpo mío a la violación del desamparo. Me voy vaciando lentamente y entran por mis embocaduras soplos malignos. Los vacíos me van agujereando y quedo toda perforada, círculos donde penetra el miedo.

Todo se copia a sí mismo. Todo se refleja en un espacio perdido. El pájaro copia otro pájaro. La vida copia otra vida. Quiero mirar el pájaro caído desde lo alto, mirar comienzos de vuelo, alas en ejercicio y aquel aire que se copia de otros aires más ligeros. El hambre me va acosando. Un hambre de cosas vivas. Mi madre inventa unos brazos que se alargan memoriosos. Miro mi sitio vacío, clamo por el olvido. La claridad de mi madre comienza a copiar la sombra.

Dionisia Palau

Estoy en un sitio sin salida.
Un sitio tapiado por todos los costados.
Estoy en un sitio vacío, sólo conmigo adentro.
Afuera la eternidad de los espacios.
Estoy aquí cercada por el tiempo, horas
desprendidas de invisibles alturas. Estoy aquí en
silencio con los ojos abiertos hacia la oscuridad.

Dionisia Palau

Me arrastro por encima de una superficie lisa, sin escollo alguno. Se desplaza mi cuerpo casi resbalando, sus huesos, sus uñas, sus cabellos, los senos aplastados contra el frío.

Derrotado va mi cuerpo descendiendo, descendiendo... ¿Qué cosa se halla oculta en esta larga, inútil rotación? ¿Entre qué laberintos penetrará mi cuerpo en su apagado descenso? Pienso en mi cuerpo erecto. Desde muy lejos me llega el resplandor de un instante inacabable, días de celeste júbilo. Sin ruido, sin sonido, mi cuerpo va perdiendo su última sustancia.

Dionisia Palau

Llegaron en la noche. Dejaron en la tierra su oscura carga. Un humo denso trazó su círculo de fugados. El ritmo de las horas quedó fijo en mi cuerpo. Recordé tu mirada en vívida memoria, tu lento, despacio respirar. Crucé las manos y comencé a no ser nada.